

592515

PABLO DE ROKHA:

El poeta de las naranjas agrias

JORGE TORRES ULLOA

Dicir memoria es decir infancia, tiempo y espacio virgen, tierra fértil; tiempo de oro y plata, momento en que todavía no cangilaneamos el peso con que nos depararía esa extraña geografía con su abrupta cordillera llamada "realidad". Mi infancia transcurrió en un Valdivia lejano, por lo mismo tan vívido, de mediados del siglo veinte. Vivió a mi madre, mujer hija de su época, siempre atenazada por la basta de un pantalón o culminando un plátano nuevo.

—Vengan, acuéquense, —decía con frecuencia—, quién soy a "armar una carbeada". No vaya a ser cosa que les vaya a tocar una florja por mujer que no sepa cocinar. Nos decía a sus hijos varones, con voz tan delicada como imperativa. Gran computadora y amiga de mi padre, se encargaba no sólo de las tareas de "intendencia" y relaciones sociales, sino de la ejecución gastronómica y la atención de los invitados del plátan que con mucha frecuencia —demasiada tal vez— venían a almorzar o a cenar a mi hogar. Por cierto debo decir que mi padre en su papel de hombre público, "regidor", primero y alcalde de la ciudad, después, debía cumplir múltiples "compromisos" que a la sazón de entonces se sellaban con un buen comiendo.

No era poco, poco frecuente entonces ver entre esa zoológica de personajes tan formales como estafidores y exóticos. De este modo, me encontré cualquier día del transcurso de mis ocho a nueve años, ante la presencia de un hombre que llamó poderosamente mi atención. Corpulento, macizo, de estatura mediana, voz ebéntina; iba casi siempre acompañado de otro

El autor de este artículo falleció en Valdivia hace una semana. En la crónica, enviada poco antes de morir, evoca su encuentro gastronómico con Pablo de Rokha.



VALDIVIANO.— Cada invitado recibía un chiqui, naranja y al-

hombre más pequeño y enjuto que era, caracterológicamente, como su antítesis en todo orden de cosas. Más tarde, sabría que el personaje que describo siempre se hacía acompañar de algún lugarteniente que hacia las veces de portero, secretario y cananada de aventuras. Mucho después, leyendo un pequeño y sobreño libro de crónicas y semblanzas (Escritores a traves), sabría que ese hombre era Mario Ferrier.

Pero volvamos a lo nuestro: luego de halagar la belleza de mi madre con adjetivos algo rimbombantes, procedía a alabar su sapiencia gastronómica y su delicadeza en la presentación de esos guisados. Cumplido este rito de encantos y lisonjas, procedía a despachar las meriendas —casi siempre del almuerzo— que le eran presentadas. En ese mismo

orden iba haciendo la exégesis y la apología de cada plato.

—¿Quién es él? Pregunté un día, intrigado.

—Un poeta. Contestó lacónico mi padre.

—¿Y has leído sus poemas? Insistí.

—Sí. Pero no te los podré explicar. Fue su respuesta y añadió:

—No he leído todos sus escritos. Sólo sé que es un buen compañero y mejor amigo del buen yantar. Pero si quieras saber de él, ahí tienes sus libros: me dije mostrándome unos ejemplares sobre un anaquele de su escritorio. Tomé el más voluminoso entre mis manos en donde lei en unas letras inmensas que anotaban desborde el formato de la ya gran página:

—“Pablo de Rokha”, se dejaba leer con dificultad una inmensa

rúbrica que atravesaba diagonalmente el enorme libro. Antología, (1916-1933). Editorial Multimed. Y dentro, en la página primera, una dedicatoria escrita con letra nerviosa y de grandes caracteres: “A José María Torres Quezada con un gran saludo de su amigo”. Luego una rúbrica: Pablo de Rokha. Y más abajo una fecha: Valdivia, 29 de abril de 1934.

He traído a colación esta anécdota, porque este fue mi primer encuentro con un poeta de carne y hueso, la poesía chilena, y —¡el Valdiviano!

Explícole los porqués.

De Rokha en una de sus visitas cometió la “impresión” de retar el conocimiento culinario de mi madre, según sus propias palabras: “respeto de un plato que llevaba el nombre de la ciudad, pero que ya es muy difícil de encontrar en los restaurantes”. Recuerdo patéticamente esta historia por cuanto De Rokha hizo una relación minuciosa de la preparación de este plato que fue claramenteuestionada por mi madre. Entre otras cosas, ella se rió a carcajadas cuando De Rokha tuvo que culminar la sopas con el jugo de naranjas agrias. Esto fue considerado por mi madre como una aberración (juicio que comparto hoy en día). De Rokha, quería hombre de apariencia seria, pero lo suficientemente ladino y picaro como brusco de licánterin que era, instó a mi madre a preparar su propia versión del Valdiviano para comprobar las bondades del plato. La madre, orgullo algo herido mediante, aceptó poner en examen su sapiencia y selló el compromiso colocando la hora de cena del mismo día en su propia casa, como fecha y lugar del evento. Producido este, De Rokha, que

aportó el vino para el consumo, no se cansó de hacer alabanzas respecto del potaje pero no claudicó frente al uso del jugo de naranjas agrias ni, en su defecto, de limones para culminar el plato. La sopa fue servida, no sin antes媒izar extensos alegatos, argumentos y contra argumentos, bajo esa curiosa ambigüedad con que los chilenos solemos regalarnos, en aras de no romper la armonía y que deja las cursas suspendidas o las vueltas a fijas, pero en cuanto haya pasado la emergencia.

Años más tarde, con motivo de la abrupta muerte del poeta en 1967, le recordé a mi madre la anécdota y le hice ver que era un hombre profundamente conocedor de las comidas chilenas. Recuerdo incluso haberle leído algunas partes de su Epopeya de las comidas y bebidas de Chile con intención dramática y exaltado énfasis. Cuando hubo terminado mi madre contestó lapidaria: —El “poeta de las naranjas agrias”, (como gustaba llamarlo), sabría cocinar con las palabras y en ese legón puede que haya sido un experto. En lo que a mí concierne nunca supe de sus habilidades cocineras porque nunca probé de su guiso.

Nada pudieron mis explicaciones de que estabamos, tal vez, ante un “cocinero” excepcional de la palabra; que habíamos tenido el privilegio de haber compartido nuestra mesa y “nuestro” Valdiviano con De Rokha... Nada. Mi altanera e inadvertida madre cobraba así su personal venganza por el “agravio” rokiiano: para ella, fue siempre un “nortino provocador” que quiso poner a prueba sus conocimientos y aquello era imperdonable en su personal código de orgullo de suyo y valdiviana de cepa.

El poeta de las naranjas agrias [artículo] Jorge Torres Ulloa

Libros y documentos

AUTORÍA

Torres, Jorge, 1948-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El poeta de las naranjas agrias [artículo] Jorge Torres Ulloa

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile